

YK

UN

FUEGO



EN LOS

HUESOS

SCOTT REINTGEN

UN
FUEGO
EN LOS
HUESOS

SCOTT REINTGEN

UN
FUEGO
EN LOS
HUESOS

SCOTT REINTGEN

YOUNG
KIWI

YOUNG KIWI, 2025

Publicado por Ediciones Kiwi S.L.

Publicado originalmente por MARGARET K. McELDERRY BOOKS,
un sello de Simon & Schuster Children's Publishing Division.

Título original, *A burning in the bones*.

**YOUNG
KIWI**

Primera edición, septiembre 2025

IMPRESO EN LA UE

ISBN: 978-84-10479-65-4

Depósito Legal: CS 738-2025

© 2025 del texto, Scott Reintgen

Ilustración de cubierta © 2024 Justin Metz

Diseño cubierta Greg Stadnyk © 2024 Simon & Schuster, Inc.

Tracucción, Ana González

Corrección, Mercedes Pacheco

Código THEMA: YF

Copyright © 2025 Ediciones Kiwi S.L.

www.edicioneskiwi.com

www.grupoedicioneskiwi.com

Quedan prohibidos, dentro de los límites establecidos en la ley y bajo los apercibimientos legalmente previstos, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, el tratamiento informático, el alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra sin la autorización previa y por escrito de los titulares del copyright. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (art. 270 y siguientes del Código Penal). Contacta con CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Tienes en tus manos una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares y acontecimientos recogidos son producto de la imaginación del autor y ficticios. Cualquier parecido con personas reales, vivas o muertas, negocios, eventos o locales es mera coincidencia.

Este es para Kate Prosswimmer.
No existiría Ren Monroe sin ti.
Gracias por la fe temprana e inquebrantable que
pusiste en esta serie.

PARTE UNO
Golpeando

MERCY WHITAKER

Mercy Whitaker estaba sola en el lavabo. En silencio, fregaba y enjabonaba, fregaba y enjabonaba. Sus ojos se detuvieron unos instantes en dos dedos de su mano derecha. Ambos eran más cortos que los demás. Atrofiados. Los dedos habían muerto justo después de su décimo cumpleaños, y, con los años, se habían vuelto de un negro lúgubre.

Flexionó la mano a modo de prueba, pero los dos dedos no respondieron.

Había aprendido a vivir sin ellos.

Tras secarse las manos, cogió un par de guantes de cuero grueso. La mayoría de los estudiantes preferían objetos alargados, orbes o alguna clase de joyería como varita. Ella había comenzado a utilizar los guantes después de su incidente, y no fue, sino hasta un año más tarde, que se dio cuenta de que podía usarlos para almacenar magia.

Eran un canalizador tan válido como cualquier otro.

Rebosantes de magia, los guantes habían crecido con ella con el paso del tiempo. Siempre le quedaban perfectos, y no estaba de más que también ocultaran su mayor inseguridad.

Lista, se dio la vuelta y entró en el quirófano.

El doctor Horn la esperaba dentro.

Tomó posición a su izquierda, colocó los pies en la postura correcta y asintió.

Las luces de la sala de operaciones se apagaron unos segundos después.

Mercy se quedó de pie en la oscuridad repentina.

Todo era nada.

Contuvo la respiración.

Corrían rumores sobre contaminantes externos que arruinaban los procedimientos de separación. Al parecer, Colin Nearchase había estornudado durante su práctica. Un solo examen fallido lo había enviado al sótano de Puerto Seguro junto con el resto de los médicos descartados, asignados a los peores pacientes y con menos recursos.

Mercy no había ascendido en el escalafón de su clase para fracasar en ese momento. Así que, a pesar de llevar puesta una mascarilla, con tres capas de encantamientos de sellado, continuó aguantando la respiración.

Sus ojos se adaptaron poco a poco.

El paciente tomó forma: un bulto oscuro sobre una mesa de acero plana. Su mentor —el doctor Horn—, flotaba a su derecha. Entre ellos, una mesa cuadrada con docenas de herramientas.

Mercy empezaba a marearse cuando su mentor carraspeó.

—Empieza.

Exhaló.

Su primera herramienta eran los guantes que ya llevaba puestos. No los había elegido pensando en esta carrera, pero una vez decidió convertirse en doctora, descubrió que estos eran ideales para la magia anatómica. Le proporcionaban un control meticuloso sobre los hechizos menores. Una especie de destreza.

Con silenciosa concentración, comenzó el trabajo mágico requerido.

No era un secreto que el doctor Horn había inventado ese procedimiento en particular. No podía permitirse cometer errores delante de él.

Una luz plateada se deslizó desde sus dedos, como si fuera niebla. Un círculo fantasmal que se expandió en todas direcciones hasta que Mercy utilizó un segundo hechizo para protegerse a sí misma y al doctor Horn de la magia.

El conjuro encapsuló la sustancia en una esfera que ahora flotaba directamente sobre el paciente.

—Muy bien. —Oyó susurrar a su mentor—. Mantén ese radio...

Mercy tenía una mano firme. No era la residente más inteligente, y estaba claro que no tenía los contactos familiares más fuertes ni las mejores calificaciones de la clase, pero era constante. Siempre con completo control de su

técnica. Una habilidad importante cuando el más mínimo error podía cortar una arteria.

Selló la primera capa del hechizo antes de comenzar la segunda, que llevó a la tercera, y luego a la cuarta.

La esfera alrededor del paciente se volvió densa. Si extendía el dedo y rozaba su superficie, rasparía una sustancia parecida al barro translúcido.

—Equilibrio —ordenó el doctor Horn—. No olvides el equilibrio.

No lo había olvidado.

Simplemente, no era tan hábil en esa parte como Horn.

Aun así, comenzó el proceso de equilibrio. Tenía que haber la cantidad perfecta de cada tipo de magia para que todo ocurriera como era debido. De lo contrario, no se fusionarían adecuadamente y tendría que empezar de nuevo. Eso no arruinaría la cirugía, pero la magia desperdiciada era tiempo desperdiciado, y, por tanto, energía desperdiciada.

Todas las estadísticas mostraban que los cirujanos cansados cometían más errores.

Al cabo de un momento, sus hechizos hallaron el equilibrio.

Toda la magia se fusionó en una unidad homogénea.

Mercy echó un vistazo al doctor Horn en busca de confirmación. Cuando su mentor asintió, colocó ambas manos —intentando extender todos sus dedos— sobre los bordes de la esfera. Y entonces empujó.

El movimiento fue tanto mental como físico.

Hubo un solo destello de luz brillante.

Mercy se vio obligada a protegerse los ojos, y después la oscuridad volvió a adueñarse de la sala.

Esperó en un silencio expectante.

El tiempo suficiente para empezar a preguntarse si había fallado.

Hubo un parpadeo. Luego otro. Un resplandor sutil comenzó a iluminar el quirófano.

A Mercy le encantaba esta parte.

Aparecieron los hilos.

De todos los colores imaginables. Algunos eran tonos que jamás había visto en la naturaleza. Los hilos se extendían desde el paciente en patrones complejos. Unos eran tan gruesos como un hueso, otros tan delgados como la seda. Era como observar la vida entera de una persona: una red luminosa de cada conexión que habían formado en el mundo. Cada hilo representaba un vínculo que el paciente tenía con alguien más. Representaciones mágicas de lazos naturales. Versiones pequeñas de la verdadera magia de vínculo, que ella nunca había tenido el placer de presenciar en el quirófano.

El hospital solo había realizado tres procedimientos para cortar tales vínculos en las últimas dos décadas, y ninguno desde que ella comenzó su residencia.

Mercy vio siete hilos de rojo óxido bifurcándose desde el abdomen del paciente. Eran hilos de parentesco; familia-

res de sangre. Incluso pudo distinguir cuáles eran familia inmediata —o al menos personas con quienes el paciente había convivido a diario durante su infancia—, de parientes más lejanos.

Cerca de la cabeza del paciente, que estaba encapuchada para mantener el anonimato, distinguió decenas de hilos plateados. Un color voluble. Eran conexiones con maestros, mentores, confidentes. Cualquiera que hubiese moldeado los pensamientos del paciente. Mercy sabía que, si los tocaba, se sentirían como las cuerdas de un violín: tensas y resueltas.

Mientras giraba a su alrededor, contó 131.

El protocolo de este procedimiento exigía que los documentara todos.

Regresó a la mesa y comenzó a tomar notas.

Su mentor hizo lo mismo.

Ambos seguían patrones y categorías establecidas.

Ella terminó unos minutos antes que él, y luego intercambiaron cuadernos. Verificaban su trabajo, una y otra vez. Esta rutina se había implantado después de que un doctor —que ya no trabajaba en su hospital—, cortara accidentalmente la relación de un niño con su hermana gemela. Había causado un gran revuelo en Kathor. Pero la medicina no podía avanzar sin el fracaso. Eran compañeros de cama.

Los números de Mercy coincidían con los del doctor Horn.

—Confirmado. Aquí tienes tu asignación —dijo él.

El doctor Horn le entregó a Mercy una pequeña tarjeta. La letra del médico era minuciosa y apretada. Su tarea de hoy era una desvinculación de parentesco bastante sencilla. Cuando leyó por primera vez sobre este tipo de procedimientos, la idea le pareció inconcebible.

¿Por qué alguien querría cortar, de forma permanente, el lazo con un hermano o un padre? Incluso Mercy, que tenía una relación tensa con su madre, no podía imaginarse desvincularse por completo de su familia.

Horn le había explicado con paciencia que, para algunas personas, esas relaciones eran demasiado dolorosas. Especialmente, para quienes sufrían la pérdida de alguien a quien no lograban dejar atrás.

Tras leer la nota por cuarta vez, Mercy escogió su escalpelo favorito. Avanzó con cuidado, esquivando los hilos que no tenían relación con su tarea. Determinó el mejor punto de entrada, ajustó la posición de su cuerpo y localizó el tercero más grueso de los hilos de parentesco.

Mercy rodeó el hilo flotante con su mano libre.

Ese primer contacto provocó un destello mental predecible.

Vio a un hombre alto, con el cabello grisáceo. Era apuesto, pero de un modo frío. Sentimientos que se sucedían al verlo: amor, luego miedo, después dolor.

La atención de la joven regresó al quirófano. Esas

«visiones» eran comunes. Al fin y al cabo, estaba tocando la representación mágica de la relación.

Mercy se estabilizó y comenzó.

La hoja afilada del escalpelo mordió el carnosos hilo. Encontró un surco para la herramienta y empezó a trabajar de un lado a otro. Más profundo con cada movimiento. Cada pocos segundos, otra imagen del hombre aparecía: vestido de negro, de pie en un funeral. Ofreciendo una copa de vino en un balcón, las estrellas tras él eran como un manto. Una voz alzada. Una expresión contraída. Un gesto amenazante. Un beso fugaz. Docenas de pequeños momentos compartidos entre el paciente y el hombre.

Todos a punto de desaparecer.

Era como si el paciente se diera cuenta de esta realidad, al mismo tiempo que lo pensaba Mercy.

Ahora había más resistencia.

Había llegado al mismo centro del hilo. Al origen de su conexión.

Vio una versión más joven del hombre. Un chico en la universidad, inclinado sobre sus libros, con el cabello rubio peinado hacia atrás. El mismo chico corriendo por el campus, con un ramo de flores silvestres en la mano.

Esta era siempre la parte más difícil. La parte de la conexión que quería sobrevivir, aferrarse, vivir para siempre.

Pero Mercy siguió cortando.

El hombre al otro extremo de ese hilo no era nadie para

ella. Nunca lo había visto y probablemente nunca lo vería en el futuro.

El escalpelo se deslizó de un lado a otro hasta atravesar el núcleo, y llegar a la última sección.

Las imágenes finales regresaron al hombre ya mayor. Haciendo señas al paciente desde lo profundo de una acogedora biblioteca, con la mirada algo perdida. Sentado en una cena familiar, aunque Mercy no logró distinguir todos los rostros en la mesa. Una vida entera.

Hasta que su escalpelo volvió a encontrar el aire libre.

Siguió sujetando el hilo con su mano libre. Había leído sobre una operación en la que el médico había soltado accidentalmente el hilo seccionado. Este cayó y se enredó con otro. El paciente despertó con una devoción obsesiva hacia su sastre, lo que casi terminó en problemas legales para el hospital.

Eso no pasaría en su quirófano.

Mercy mantuvo el hilo firme hasta que se desintegró, y luego regresó con cuidado a la mesa.

El doctor Horn asintió, aprobando.

—Trabajo perfecto. Sigues demostrando que Balmerick se equivocaba, doctora Whitaker. Puedes proceder con el proceso de disipación.

Mercy no pudo evitar un leve sobresalto ante el cumplido a medias.

Horn la veía como alguien que había superado la adversidad. Sabía que tenía una discapacidad, que había

requerido pruebas adicionales en Puerto Seguro. La habían obligado a pasar una «prueba de ingreso» especial antes siquiera de permitirle entrar en la Escuela de Medicina. Tuvo que demostrar que sus dedos no serían un impedimento en procedimientos quirúrgicos. Una vez superada esa prueba, los médicos supervisores habían mostrado un sesgo constante contra ella. Nunca terminaban de creer que pudiera llegar a ser tan buena doctora como sus compañeros.

Tras terminar los exámenes finales, Mercy no fue seleccionada para el programa.

Al menos, no al principio.

De algún modo, su puntuación quedó justo por debajo del corte. Literalmente. Le faltó un solo punto porcentual. Cincuenta estudiantes fueron aceptados. Ella fue la número cincuenta y uno. La primera en quedarse fuera. También, la primera en la lista de suplentes.

Esa fue la peor semana de su vida.

Practicar la medicina, cuidar a los pacientes... Era lo único que siempre había sentido como su vocación, y Balmerick no era una escuela que creyera en segundas oportunidades. O destacabas y te hacías un nombre, o la escuela te olvidaba silenciosamente.

Mercy pasó las vacaciones de invierno mordiéndose las uñas hasta dejarlas en carne viva, incapaz de contarle la noticia a sus padres.

Y entonces Cora Marrin murió.

Aquella horrible historia sobre los seis estudiantes que

se habían perdido en la naturaleza. Cuatro de ellos murieron, y una —casualmente—, era la mejor cirujana de su promoción.

Cuando Balmerick eliminó el nombre de la chica de la lista, Mercy subió al puesto cincuenta.

Una invitación llegó unos días después.

Sería doctora porque una pobre chica había muerto, y Horn tenía la desafortunada costumbre de recordarle que ella no había sido la elegida.

Disipó la magia que había conjurado sobre el paciente. Una capa a la vez. Después siguió el protocolo de limpieza de herramientas, reajustando con cuidado la sala para el próximo cirujano que fuera a usarla. Todo el tiempo pensaba en el hombre de aquellas visiones. Qué vivo y lleno de energía parecía en los recuerdos del paciente... y ahora el paciente jamás volvería a pensar en él. Qué permanencia tan absoluta.

Horn ya había terminado de limpiarse, cuando Mercy entró.

Volvió a lavarse las manos y luego activó el hechizo de limpieza de la sala. Se quedó bajo aquella luz blanca fantasmal y sintió la magia recorrerle el cuerpo.

En cuanto la puerta suspiró al abrirse, salió con paso firme, decidida a irse a casa y dormir tanto como el mundo se lo permitiera.

—Whitaker —Horn la llamó desde el otro extremo del pasillo—, necesito verte en mi despacho.

Mercy se preparó mentalmente mientras caminaban.

¿Había cometido algún error durante la cirugía? Tal vez alguien había estado observando la operación y ahora examinarían hasta el más mínimo detalle... Pero la verdadera razón la esperaba en el despacho de Horn, y no era en absoluto lo que imaginaba.

Había un joven de pie en la esquina. Era absurdamente guapo. Como esculpido en piedra. Hombros anchos. Tan perfecto como cualquier ser humano que hubiera visto en su vida.

El único problema era que ya lo había visto antes. Demasiadas veces para su gusto.

—¿La Legión de la Espada Brillante? ¿Cómo era el dicho? «Déjalos mejor de lo que los has encontrado», ¿no?

Las mejillas de su ex se sonrojaron en respuesta.

El doctor Horn se dejó caer en la silla detrás del escritorio, claramente ajeno al tono punzante de su comentario. Después de todo, ese era el lema oficial de la legión.

—Doctora Whitaker, él es Devlin Albright. Un paladín que la Legión de la Espada Brillante nos ha enviado.

Devlin le extendió la mano. *De verdad* le extendió la mano. Como si nunca se hubieran visto. Como si no hubieran salido juntos durante tres años desperdiciados. Como si no hubiese compartido con él secretos, que nadie más sabía, sobre ella.

Los ojos de Mercy lo taladraron.

—Nos conocemos —indicó ella.

Devlin se sonrojó de nuevo. Bajó la mano. Levantó la barbilla —dioses, esa barbilla—, y se colocó de nuevo en una postura perfecta de soldado.

Solo entonces notó el emblema en su camisa. No solo estaban los símbolos de la Legión de la Espada Brillante. Según el escudo, ya había alcanzado el rango de portador de luz, ascendiendo con rapidez entre sus filas.

No era ninguna sorpresa.

A Devlin siempre le habían importado más sus logros y su reputación que cualquier otra cosa.

El doctor Horn pareció notar la tensión entre ellos. No era precisamente el miembro más perspicaz del personal, pero esto era difícil de ignorar.

—Bien —dijo el médico—. Como sabes, doctora, normalmente no utilizamos paladines dentro del hospital, pero cuando las provincias periféricas solicitan ayuda... el protocolo exige que contratemos protección para nuestros médicos. Ninguno de vosotros tiene entrenamiento en combate. Los paladines, sí. De este modo, podrán llevar a cabo sus tareas sin preocuparse por su seguridad. ¿Entendido?

Devlin iba a ser su protector. Los dioses sabían cuánto le gustaba esa idea. Fue suficiente para que Mercy rechinara los dientes. Intentó centrarse en la otra mitad de lo que el doctor Horn le estaba diciendo. El detalle más importante.

—¿Las provincias periféricas?

Horn asintió.

—Hemos recibido noticias de un pueblo al norte: Colinas Errantes. Es una comunidad agrícola. Acaba de llegar un informe sobre una enfermedad que su médico local no ha sabido reconocer. Se requieren nuestros servicios. Tengo entendido que te falta una práctica más para avanzar a becaria.

Mercy asintió.

—Sí, señor. Es correcto.

—Considera esto tu primera oportunidad —señaló Horn—. Quiero que viajes al norte con el señor Devlin. Atiende la enfermedad, evalúa a la población, cumple tus deberes con el alto estándar que esperamos en Puerto Seguro... y firmaré tus papeles. Serás oficialmente una médica becaria en este hospital. Una de las primeras de tu promoción, creo.

Otro asentimiento fue todo lo que pudo ofrecer.

Había estado esperando este momento. No le tomó por sorpresa. No a ella. Había seguido el progreso de todos los graduados de su año, y sabía que había dedicado más horas que nadie. Estaba lista para esto, pero deseaba con desesperación que Devlin no estuviera ahí para presenciarlo.

Por un instante, consideró pedirle a Horn que asignara a otro paladín. Era un conflicto evidente. No sería una solicitud irracional, pero también sabía que sería una moneda al aire. Si el caso era urgente, el doctor podría asignárselo a otro residente, en lugar de coordinar el cambio con la legión. Ella quería avanzar y esta era su

oportunidad. Todo el orgullo que sentía se enredaba con su molestia.

Justo en ese momento, Devlin carraspeó.

—Estoy completando mi propia práctica. Parece que nuestros barcos están atados.

A Mercy le dieron arcadas. No podía soltar ninguno de los comentarios sarcásticos que tenía en mente, y menos delante del doctor Horn. No valía la pena arriesgar esta oportunidad. Era mejor tomar el camino difícil.

—Gracias por la oportunidad, doctor Horn. ¿Cuándo debo estar lista?

El médico deslizó un pequeño expediente por el escritorio. Su sonrisa era casi una disculpa.

—Salís esta noche.

REN MONROE

Landwin Brood estaba muerto, y, aun así, seguía logrando irritar a Ren con sorprendente regularidad.

Después de mostrar su cadáver a las demás casas —confirmando la ascensión de Theo como cabeza de familia—, se había desatado una oleada de actividad. Documentos por firmar. Ceremonias a las que asistir. Un carísimo funeral que organizar.

Al principio, Ren y Theo se habían centrado en la tarea moral que les esperaba: cómo sería dirigir una casa ancestral, construida sobre la brutalidad, hacia un futuro más luminoso.

Era todo lo que habían discutido tras el funeral: su reinado, y cómo este sería distinto.

Ren jamás imaginó que todo sería tan...

—Tedioso —escupió—. Esa es la única palabra que encaja. Esto es tedioso. —Theo asentía mientras caminaba de un lado a otro sin parar—. Quiero decir, ¿cuál es el

sentido de programar una hora específica, si esa no va a ser la hora de la reunión?

Su compañero de vínculo no respondió.

Ren podía sentir cómo intentaba enviarle pensamientos tranquilizadores a través de su unión... y los rechazó con una bofetada mental.

No estaba de humor para ser calmada.

Llevaban esperando frente a la residencia del virrey —la Casa del Faro—, cuarenta y tres minutos. Se encontraban en una enorme galería, que conectaba el famoso edificio gubernamental con la residencia privada del virrey. Los guardias iban y venían, entrando y saliendo del campo de visión. Todos eran paladines de la Legión de la Espada Brillante. Si caminaba hacia el extremo del porche, podía ver casi toda Kathor, extendida ante ella como un sueño. Habría sido más inspirador si el hombre a cargo de gobernar la ciudad comprendiera el concepto de puntualidad.

—En serio, si fuera tu padre quien estuviera aquí...

Las grandes puertas se abrieron de golpe.

Esperaba ver a otro guardia, pero era el propio virrey. Vestía un sencillo traje color carbón que resaltaba los tonos plateados de su cabello y barba. La única nota de color era una bufanda carmesí, anudada con arte en su cuello. Le ofreció a Ren una inclinación de cabeza puramente formal, antes de que sus ojos se posaran en Theo.

Siempre miraban a Theo.

Como si no importara que hubiera sido ella quien llevó a la antigua Casa Brood a la ruina.

—¿Llego terriblemente tarde?

—Por supuesto que no —dijo Theo, lo bastante alto como para que la respuesta menos caritativa de Ren no se oyera.

Ambos intercambiaron una mirada. Su vinculado le ofreció una leve sonrisa. Esa casi sonrisa la calmó más que cualquier otra cosa.

El virrey les hizo un gesto para que entraran, y Ren supuso que esperar una disculpa apropiada era pedir demasiado.

Martin Gray era uno de los virreyes más queridos en la memoria reciente. Poseía la rara cualidad de pertenecer tanto a las grandes casas como al pueblo.

Los poderosos siempre lo mostraban como ejemplo ante la población: *¿lo ven? Esto es lo que se logra con esfuerzo y magia brillante. Sed como él y podréis lograr cualquier cosa.*

Las grandes casas, por supuesto, omitían el detalle de que era el segundo hijo de un comerciante increíblemente rico, y también evitaban mencionar que el virrey tenía poco poder real.

Era el líder oficial de la Legión de la Espada Brillante —aunque había generales dentro de esas filas que, si se diera el caso, regresarían lealmente a sus casas originales de ser requeridos—. Podía vetar leyes, organizar tribunales y

ejercer poderes de emergencia que le daban acceso a los recursos de cualquier casa.

Pero cualquier investigación al respecto demostraba que los virreyes rara vez hacían uso de esas facultades sin la intervención directa de las casas.

En esencia, era el bastón con el que a veces se golpeaban los unos a los otros en los nudillos.

Gray los condujo a una sala de techos altos. Había sillas acolchadas rodeando una mesa de guerra —aunque la única guerra que parecía librar el virrey era contra una pila de documentos sin firmar—. Un fuego crepitaba al fondo. La mayoría de la luz de la sala provenía de una serie de ventanas, con revestimiento de cobre, en el extremo opuesto.

Una vez sentados, los miró como a viejos amigos que llevaban demasiado tiempo sin verse.

—Theo Brood. Del exilio a esto. Has logrado algo que no se veía en más de un siglo. Las demás casas estaban completamente desconcertadas, pero debo decir que te admiro. Ha sido un movimiento impresionante de tu parte. Bravo.

Ren deseó poder poner los ojos en blanco.

Theo había sido increíblemente audaz, por supuesto, pero nunca dejaba de sorprenderle lo rápido que minimizaban su papel en toda la historia. Además, pudo escuchar las palabras escondidas detrás de todo aquel elogio hueco: no encontramos manera de negarte, y por eso, con gran fastidio, bienvenido al club.

Theo, sin embargo, no pareció afectado por ese comienzo.

—Es usted muy amable —dijo—. Agradecemos que haya aceptado esta reunión.

—Por supuesto. —Gray se recostó en su silla—. Consideradme a vuestra disposición.

Theo asintió.

—Tenemos varios asuntos que tratar. Sé que su tiempo es valioso. Dejaré que Ren tome la palabra, y yo intervendré cuando sea necesario.

La atención de Gray se desvió hacia ella. Su sonrisa ahora parecía más forzada.

—Por supuesto. Señorita Monroe, ¿por dónde desea empezar?

Esta colocó una carpeta sobre la mesa entre ellos.

—Primero, está el asunto de las granjas de Betraska —comenzó—. Queremos que se restituya a los arrendatarios originales en sus puestos. Parece que, en la última semana, los shiverianos los reemplazaron por miembros de su propia casa. Usted y yo sabemos que eso sobrepasa los términos del acuerdo original que regula las provincias del sur. He subrayado el lenguaje relevante en este contrato aquí... y aquí.

Tedioso. Esa era la palabra correcta para todo esto. Ren y Theo habían pasado los últimos meses ahogándose en burocracia. No habían visitado refugios locales para repartir comida. No hubo grandes momentos de justicia o res-

tauración. Nada del pasado había sido corregido. En su lugar, habían descubierto que Landwin Brood —con todos sus defectos—, era un hombre condenadamente ocupado.

Sus responsabilidades eran tan amplias que Ren empezaba a pensar que había existido fuera de los límites del tiempo.

Thugar había estado administrando la propiedad de los Broods, pero parecía que Landwin, en secreto, había estado guiando el timón por su hijo descarriado.

La esposa de Landwin —Marquette Brood—, no mostraba ningún interés por las tareas diarias. Había pasado la mayor parte de su tiempo leyendo sobre piezas oscuras de la historia o asistiendo a almuerzos.

En un momento dado, Tessa Brood había sido designada para gestionar algunas de las casas menores de la familia, pero le devolvió esas funciones a su padre después de conseguir un puesto en la ópera.

Ren no podía comprender cómo Landwin había logrado manejarlo todo. Lo pensaba a menudo. ¿Qué secretos habían muerto con el patriarca de la familia? ¿Qué pequeñas piezas de historia había asesinado cuando lanzó aquel hechizo final?

Theo y Ren habían dividido las responsabilidades de su padre justo por la mitad, y, aun así, ambos estaban desbordados.

Ella dormía menos que nunca. A veces trabajaban en la

misma habitación, pero apenas habían compartido tiempo juntos más allá de eso.

Esta reunión era una representación perfecta de por qué todo tomaba tanto tiempo: una combinación de contratos arcaicos susceptibles a múltiples interpretaciones y un proceso dolorosamente lento para obtener aclaraciones legales.

Tardaron casi veinte minutos en resolver el tema de la tenencia de una granja copropiedad de los shiverianos y los broods. Otros quince minutos en discutir un impuesto sobre mercancías fluviales que había dejado de beneficiar a su casa y, en cambio, los penalizaba por no «operar con embarcaciones de propiedad privada».

Ren terminó su intervención recordándole al virrey, con éxito, que diez legionarios entrenados de la Espada Brillante debían haber sido asignados a su casa el primer día del mes.

Él accedió a enviar a los soldados sin demora.

Cuando Ren cerró su carpeta, el virrey aplaudió.

—¡Qué eficiente! —exclamó—. Si eso es todo, os acompaño a la salida.

—No del todo —intervino Theo, metiendo la mano entre los pliegues de su chaqueta.

Deslizó una nueva carpeta sobre la mesa entre ellos.

El estómago de Ren dio un pequeño vuelco. Enterró con rapidez la sensación. Mejor no dejar que sus temores fluyeran por el vínculo.

La carpeta que Theo acababa de colocar sobre la mesa era idéntica a la que Landwin Brood le había mostrado a Ren antes de morir. El mismo color. El mismo estilo. Pero, al abrirla, no contenía el único secreto que Ren le había ocultado. Nada de la investigación privada sobre lo ocurrido aquel fatídico día en la sala del portal.

La carpeta de Theo contenía un solo documento.

—Este es el contrato oficial de defensa de la ciudad; necesitamos renovarlo. Debería haberse firmado hace semanas.

Gray se inclinó hacia delante, tamborileando con los dedos sobre la mesa mientras lo leía.

A Ren le pareció una táctica dilatoria. Debía conocer ese documento, lo había firmado una década atrás, aunque en aquella ocasión, sentado frente a Landwin Brood.

—El contrato, según tengo entendido, es una formalidad —añadió Theo—. El acuerdo original fue en perpetuidad. Lo firmamos cada diez años solo por protocolo, pero he sabido que algunos de nuestros trabajadores contratados han sido bloqueados en los edificios cubiertos por este contrato. No hay ninguna razón por la que eso deba aplicarse de esa manera.

Gray asintió, con los ojos aún recorriendo el documento.

—Exactamente, ¿qué estáis pidiendo?

—¿Por qué se está aplicando así?

—¿Puertas cerradas y todo eso?

Theo asintió.

—Bueno, el contrato es perpetuo por nuestra parte —explicó Gray, señalando uno de los primeros párrafos—. Como puedes ver, hay aquí una cláusula que permite a tu familia liberarse del acuerdo vinculante..., si así lo desean. Cuando no vinisteis a firmar el contrato, supuse que no os interesaba continuar con ese rol en la ciudad.

—Vaya suposición —intervino Ren.

Gray se encogió de hombros.

—Habría tenido que asumir algo de cualquier forma.

—Oh, venga ya —soltó Ren.

Theo la interrumpió con un gesto conciliador. Sabía que estaba reaccionando de forma acalorada, pero estaba claro que el virrey se hacía el tonto. La respuesta del joven fue más diplomática.

—No tendría sentido dejar que esos contratos caducaran —dijo—. Perderíamos el acceso a numerosos beneficios para nuestra casa si permitiéramos que esos cargos regresaran al gobierno de Kathor. Sin mencionar que estamos hablando de defensas de toda la ciudad. Está poniendo en riesgo a la población, al dejar esos edificios desocupados.

Gray soltó una risa breve.

—Tú y yo sabemos que ya no hay amenazas reales contra Kathor. No como las que existían cuando se crearon esos documentos. Este contrato se creó para asegurar la ciudad. Ahora existe para llenar los cofres de la Casa Brood. No hace falta que finjáis otra cosa. Estamos solo nosotros.

Nadie os va a juzgar por la historia de vuestra familia. —Sacudió la cabeza—. Créeme, Theo, se ha hablado mucho de este asunto en particular. El rumor era que tú y la señorita Monroe, aquí presente, pretendéis dirigir la casa a vuestra manera. Que no queráis ser los Broods de antaño.

Theo asintió con cierta resignación.

—Eso sigue siendo cierto.

—Pues por eso no insistí con el contrato —explicó Gray—. Pensé que era posible que no quisierais continuar con él. Cada uno de los cargos en ese documento es, técnicamente, un título hereditario. ¿Sabes qué pasaría si decidieras devolverlos a Kathor?

Theo frunció el ceño.

—Las otras casas los reclamarían tarde o temprano.

—Incorrecto —respondió Gray—. Pasarían a ser entidades del gobierno. Por supuesto, las otras casas podrían presionarme para que hiciera nombramientos. Pedirme favores. Pero estarían devolviendo una serie de industrias generadoras de riqueza al beneficio del pueblo. No a una de las grandes casas.

Theo se recostó en su silla y sus ojos buscaron a Ren.

Ella ya había revisado el contrato a fondo, junto con algunos recursos relacionados.

Todo en ese documento funcionaba como ingreso pasivo para la Casa Brood. Representaba dinero que siempre había considerado mejor en sus manos competentes, que en los bolsillos de las otras casas. Más financiación para

sus futuros esfuerzos... Aunque le disgustaba admitir que, si los resultados actuales eran indicio de algo, la mayoría de lo que harían en el futuro solo beneficiaría a la Casa Brood.

Hasta el momento, el tiempo para el altruismo activo había sido escaso.

—Puedo firmar esto —dijo Gray—. Aquí mismo, ahora. O... podéis iros a casa y pensar qué deseáis hacer. Todos vuestros trabajadores están cubiertos, por contrato, durante dos semanas más. Recibiréis su paga como si estuvieran cumpliendo con sus tareas normales. Si decidís que todo esto debe quedarse en manos de la Casa Brood, firmaré el contrato. Pero si prefería que estas entidades regresen al pueblo...

Se encogió de hombros como si no le importara en absoluto. Como si no estuviera interpretando una melodía que sabía que a Theo y a Ren les gustaba.

Aunque al principio había tratado a la joven como un añadido, ahora, curiosamente, fijaba toda su atención en ella. Casi como si supiera que era ella quien podía poner en marcha algo verdaderamente revolucionario entre los dos.

—Quiero verlo por escrito —indicó Ren—. Las condiciones sobre cómo funcionaría realmente cada propiedad, quién se beneficiaría... Todo eso.

El virrey asintió.

—Haré que mi equipo prepare un borrador. Obviamente, no puedo garantizar nada, pero no hay mucho misterio sobre lo que sucedería. Es tal como he dicho.

Theo parecía inquieto, pero, en lugar de expresar su preocupación, guardó la carpeta en su abrigo y asintió.

—Cítenos para una reunión en el calendario, exactamente dentro de una semana. Y sería agradable que llegara puntual la próxima vez.

Eso le valió una mirada sorprendida del virrey, pero Theo ya se estaba levantando.

Ren lo imitó.

Aprendía mucho observándolo en estos espacios; la diferencia entre la rebeldía común y la autoridad refinada. Cómo se veía el poder si simplemente se cambiaba el ángulo, si se colocaba justo bajo la luz adecuada.

La habilidad política de Theo siempre le había parecido natural, como algo con lo que había nacido. Pero era una habilidad, y las habilidades se podían enseñar.

Había una lección flotando en este momento. Era esta: sin importar lo que el virrey fingiera, Ren y Theo eran quienes realmente tenían el poder en esta sala.

La Casa Brood seguía siendo muy rica.

Había perdido fuerza tras el ataque del año pasado, pero aún era una influencia enorme que exigía atención.

Ya en la galería, Ren abrió la boca para hablar.

Theo la hizo callar con un rápido gesto.

«Claro», pensó ella. «Ojos y oídos». Otra lección que él le había enseñado. En propiedad ajena, siempre existía la posibilidad de ser escuchados. Personas contratadas específicamente por sus dones mágicos para espiar conversaciones.

Por encima de ellos, Ren notó movimiento. Un mono de piedra viva trepaba por el tejado más cercano. Definitivamente, a distancia audible.

Al volver la vista atrás, vio que el virrey aún los observaba desde la ventana, entre mirada y mirada a los papeles sobre su escritorio. Mejor esperar.

Cuando cruzaron los límites de la propiedad, Theo asintió hacia ella.

—¿Qué piensas?

—Siento que está prometiendo demasiado.

—Es posible. No recuerdo ejemplos históricos de casas mayores perdiendo el control de un activo... y que ese activo fuera devuelto a la plebe.

—Dioses... —dijo Ren—. Estoy bastante segura de que ese término ya está pasado de moda, Theo.

Él hizo una mueca.

—Lo siento. Era una palabra de mi padre. Mi abuelo solía llamarlos campesinos.

Qué herencia más sombría. Eso también lo aprendía. El pasado de Theo tenía una forma natural de brotar hacia el presente. No sus propios pecados, sino los de los hombres que caminaron por este mundo antes que él. Sus crueldades no habían muerto con ellos. Cada vez que trataban de deshacer los nudos del pasado, se encontraban desatando alguna parte vital del presente de la Casa Brood.

Este asunto no era la excepción.

—¿Está mal que quiera decir que no? —preguntó Ren—. La idea de perder todos esos recursos...

—Nos debilitaría —coincidió Theo—. Mucho. Y eso obviamente limitaría lo que podemos hacer contra las otras casas. Ya están en nuestra contra, aunque sea de forma sutil. Todos estos problemas aleatorios están apareciendo, y siento que es intencionado. Están probando los límites. Teniendo este contrato a la luz, bloqueando aquel tratado... Nos están robando tiempo. Sabes, esa era en realidad una de las estrategias favoritas de mi padre. Obliga a tu enemigo a reaccionar. Siempre decía: si haces que un hombre retroceda, nunca podrá golpearte con toda su fuerza.

—Qué encantadora lección para enseñarle a un niño.

Theo soltó una breve carcajada.

—Ahora que lo dices, creo que tenía seis años. En fin. No estoy seguro de cuál es la respuesta correcta. El objetivo de todo lo que hacemos es devolver el poder a las manos correctas. Queremos reducir la influencia de las grandes casas. Crear una base más equitativa para todos. ¿Pero qué dice eso de nosotros, si cuando por fin tenemos la oportunidad de hacerlo..., decidimos conservar el poder?

Sacudió la cabeza. Estaba claro que esa pregunta le inquietaba.

Ren se dio cuenta de que le preocupaba más a él que a ella. Ella se había inclinado tan rápidamente hacia mantener la riqueza en sus propias manos... Le revolvió el estó-

mago darse cuenta de lo poco que había cuestionado ese impulso.

—¿Estamos solo fingiendo ser diferentes? —preguntó Theo, dando voz a las mismas preocupaciones que Ren—. ¿Fingiendo que somos benevolentes, cuando en realidad somos como ellos? ¿O conservar ese poder es una necesidad para alcanzar el éxito a largo plazo? Me preocupa que, si dejamos que se nos escape demasiado, seamos demasiado débiles para marcar una diferencia.

Ren no comentó nada.

No le hacía sentir bien, pero sabía cuál sería su decisión: conservar el poder. No confiaba en el virrey para que cumpliera su palabra. ¿Qué persona, con tanto poder y posición, había tomado alguna vez la decisión correcta? ¿De veras toda esa influencia volvería al pueblo de Kathor? Lo dudaba.

Aun así, la decisión pesaba mucho sobre sus hombros.

Tuvo la impresión de estar ante una encrucijada sin señalizar para los dos.

—No tenemos que decidir todavía —señaló Ren—. Tienes algunos días.

—Cierto —respondió Theo—. Vamos. Tenemos una cita más.

Sus palabras demostraron cuán agotada estaba Ren; ni siquiera recordaba cuál era esa última cita.

Obediente, siguió a Theo por el Distrito de Puerto Seguro. Pasaron junto a la biblioteca con sus hermosos

vitrales. Rodearon el pequeño mercado, y la condujo por un tramo de escaleras hasta lo que parecía un callejón trasero.

Ren se sorprendió cuando la guio hacia una puerta sin marcar.

—Aquí es —anunció este.

El interior era deliciosamente anodino. Había otra puerta que conducía aún más adentro, pero ningún otro detalle.

—¿Aquí es donde has traído a todas tus novias a lo largo de los años?

Él resopló.

—No tenía novias. Y, en realidad, no tenemos ninguna cita. He organizado esto solo para ti. —Se giró con una sonrisa y una expresión dolorosamente sincera—. Sé que hemos estado muy ocupados. Nada de esto es como imaginábamos que sería. Has cargado con tanto sobre tus hombros y sin una sola queja. Solo... quería que supieras que soy consciente de ello. No podría hacer nada de esto sin ti.

Ren le devolvió la sonrisa. No le señaló que el padre de Theo seguiría vivo —y que, por tanto, él no tendría que hacer nada de esto—, si no fuera por ella. En lugar de eso, observó cómo Theo empujaba la puerta interior. Una ráfaga de aire fresco los azotó. Un pasillo estrecho descendía hacia el subsuelo.

—Te he reservado una sala de archivo.

Ese pasaje hacia la oscuridad la esperaba.

Ren sabía que, si daba un paso adelante, los filamentos de magia aparecerían en el aire. Una sesión de práctica. Theo había organizado una sesión de práctica para ella.

—Solo si quieres, cla...

Lo interrumpió antes de que pudiera retroceder con nerviosismo y lo abrazó.

Ren no era de abrazar. Como norma, lo evitaba. Pero esta era una excepción justificada. Theo había sido tan constante. Todo este tiempo. ¿Y ahora le ofrecía un momento de pura consideración?

—Cuidado, Theo Brood. Podría enamorarme de ti.

El rubor más violento que jamás había visto tiñó las mejillas del joven. Tan intenso, que Ren se sintió avergonzada también.

La única forma de silenciar el repentino tamborileo de su corazón fue lanzarse hacia esa oscuridad que la aguardaba. Sintió cómo la magia se agitaba en el aire a su alrededor. Cómo los filamentos susurraban al cobrar vida.

Theo no la llamó. No hizo ninguna declaración de amor embarazosa.

En su lugar, cerró la puerta y la dejó en paz.

«¿Un hombre que sabe cuándo dejarme sola con mi magia? Sí, por favor».